

Guillén, Diana, *El maderismo en Chiapas. Matrices regionales del acontecer revolucionario*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1994, 100 pp.

Este libro, que obtuvo en 1993 el premio Salvador Azuela, otorgado por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana en la categoría de investigaciones inéditas, se incorporó al catálogo de títulos publicados por el propio instituto acerca del primer movimiento social del siglo XX, en 1994. Se trata de un texto que explora, como su título lo indica, el carácter que tuvo el maderismo en el ámbito regional de Chiapas, señalando, a manera de contrapunto, los acontecimientos que se desarrollaban en el nacional.

Hoy, tal vez con más claridad que nunca, percibimos dramáticamente que la revolución mexicana tuvo muy poca incidencia en Chiapas. Arrinconada hacia el Pacífico, amurallada por la selva, las montañas y los ríos, Chiapas vio pasar desde muy lejos las movilizaciones y las batallas de la revolución. Sólo el anticarrancismo, como lo señala Diana Guillén, prendió en este territorio en movimientos como el "mapachismo" o el "pinedismo", que buscaban la reivindicación de la autonomía o la defensa de los privilegios de una sociedad tradicional. Por ello, el periodo revolucionario ha sido poco atendido por la historiografía chiapaneca con la limitada salvedad de los movimientos contrarrevolucionarios locales mencionados. Así, la publicación de este trabajo tiene la doble jus-

tificación de que aborda un periodo relegado por los estudiosos, en particular el maderismo chiapaneco, hasta ahora ayuno en investigaciones.

El trabajo de Guillén realiza una lectura del maderismo desde la perspectiva regional chiapaneca, a partir fundamentalmente del archivo personal de don Flavio Guillén—gobernador interino maderista—, resguardado por su familia. En este sentido, se incorpora al acervo de la historiografía regional que, desde hace ya varios años, viene poniendo el acento en el carácter diferenciado con que se manifestó la revolución en los distintos espacios que forman el territorio mexicano. El libro confiere significado a un conjunto de hechos ocurridos en Chiapas que, al encontrarse con eventos de magnitud nacional, adquieren una resonancia particular así como un distinto matiz.

El recorte regional se justifica por el marcado aislamiento y la escasez de vínculos de Chiapas con el centro del país. Se trata de un estado aislado no sólo de la capital de la república, sino poco integrado internamente a causa de los accidentes geográficos. Tiene también un perfil cultural propio, dado por las etnias que la pueblan, por las formas de dominación que se establecieron, por las actividades económicas a que fueron dedicadas estas tierras desde la etapa colonial y por las relaciones semiserviles que imperaron.

Durante el porfirismo, Emilio Rabasa fue el principal responsable de estrechar los vínculos entre Chiapas y el centro, así como de introducir elementos modernizantes como las comuni-

caciones, la ampliación de la educación y el impulso de actividades económicas como el cultivo de café y la explotación de la madera. Desde el punto de vista político, el rabasismo pudo consolidar los lazos con la federación mediante el apoyo de la elite tuxtteca y el desplazamiento de la elite cristobalense más tradicional; así, la capital del estado fue transferida de San Cristóbal de las Casas, en Los Altos, a Tuxtla, en los valles ribereños del Grijalba; con ello se logró unificar el estado y se debilitaron las fuertes tendencias localistas, que atentaban en su contra. Sin embargo, los éxitos en el plano de las comunicaciones camineras y ferroviarias, tanto en el interior como con el resto del país, fueron muy pocos.

El trabajo muestra que con la caída de la dictadura de Díaz se destruyó la centralización política propiciada por Rabasa alrededor de los tuxttecos y se desataron las amarras que habían impedido la lucha entre éstos y los cristobalenses. En abril de 1911, cuando casi todo parecía apuntar hacia el triunfo del maderismo, se abrieron clubes antireeleccionistas en territorio chiapaneco, aperturas tardías que obedecieron más a la defensa de los intereses de los distintos grupos regionales, que a la propagación del ideario de Francisco I. Madero. Ante el río revuelto propiciado por la crisis del federalismo, los distintos segmentos de la elite chiapaneca trataron de sacar ganancias propias; afloró la pugna entre alteños y tuxttecos. Cada cual lanzó su propio candidato para las elecciones de 1911 y ninguno quiso aceptar la validez de los resultados electorales.

Esta ácida pugna dio pie para que se fraguara el primer encuentro de Chiapas con la Revolución. Francisco I. Madero apoyó a Flavio Guillén para que se hiciera cargo del gobierno chiapaneco, en crisis de legitimidad. Don Flavio, quien vivía desde hacía casi una década en la ciudad de México, fue nominado candidato de la comunidad chiapaneca residente en la capital algunos meses antes. La llegada del emisario maderista a Chiapas en enero de 1912, quien atribuyó su ascenso como gobernador interino a su amistad con Madero, estuvo marcada por una política de conciliación entre los dos grupos en pugna. Los cristobalenses —agraviados por la traslación de la capital estatal a Tuxtla diez años antes— no se resignaban a ser desplazados por la elite de los valles y no aceptaron a don Flavio. Hacia fines de 1912 renacieron de nuevo las luchas que obligaron al gobernador a renunciar. Con el fin de debilitar el poder del gobernador, el Congreso local aprobó una reforma para que los presidentes municipales adquirieran las atribuciones de jefes políticos, aprovechando uno de los puntos del Plan de San Luis. Flavio Guillén se negó a secundar dicha reforma y, consciente de que la debilidad del gobierno maderista sería poco propicia para su permanencia, pidió licencia para separarse del cargo en los días previos al golpe de Estado de Victoriano Huerta.

La política conciliatoria emprendida por el gobernador Guillén abarcó al obispo de Chiapas, Francisco Orozco y Jiménez, quien era acusado por los tuxttecos de haber promovido el apoyo indígena al movimiento sancristo-

balense de 1911. El obispo Orozco y Jiménez, quien a partir de 1921 se distinguiría en la sede de Guadalajara como promotor de la acción social de la Iglesia, no pudo mantenerse al margen del partidismo político, pese al respaldo que recibió de parte del gobierno estatal.

El interinato de don Flavio adquiere relevancia pues promovió reformas que corresponden al espíritu de cambio que trajo consigo el maderismo y que, de alguna manera, fueron retomadas y ampliadas por el gobernador carrancista José Agustín Castro; entre ellas, la reforma laboral que, si bien advierte la autora, respetó los principios del régimen de servidumbre, le imponía límites, como la jornada laboral de 10 horas, o prohibía a los patrones que mantuvieran deudas de sus peones por más de un año, o que no permitiría que éstas fueran heredadas por sus descendientes, además de proponer un incipiente seguro para el personal incapacitado. También abolió el impuesto de capitación que pagaban los indígenas y derogó la Ley de ejidos de 1892, si bien ello no significa que, en su interinato, no se hayan presentado problemas sociales, pese al espíritu reformador del maderismo incrustado en don Flavio. En cuanto al problema de la tierra, no emprendió reformas pero se pronunció en favor de la partición de los latifundios mediante un sistema fiscal oneroso que obligara a los propietarios a deshacerse de la tierra ociosa. Esta reforma no era nueva, ya había sido propuesta durante el porfiriato por algunos intelectuales e incluso por miembros de la elite económica y fue ampliamente discutida por la XXVI Legislatura en el Congreso federal.

Los aires renovadores que la llegada del gobernador Guillén impulsieron en la aislada sociedad chiapaneca fueron pasajeros; más tarde, Castro los amplió concitando la oposición del mapachismo y el pinedismo. El maderismo, como se muestra en este libro, fue una influencia exógena que, encarnada en don Flavio, propició la llegada del espíritu conciliatorio y las nuevas ideas políticas a Chiapas, pero que el tradicionalismo regional acabó por derrotar, pasando la factura del costo social hacia el futuro.

El maderismo en Chiapas consta de cuatro capítulos que se inician con las acciones modernizantes de la gubernatura de Emilio Rabasa durante la dictadura de Díaz; el segundo aborda las pugnas locales en el ámbito de la caída del régimen porfiriano; el tercero se refiere al interinato maderista de Flavio Guillén, y el último analiza el ascenso del huertismo y el impacto del carrancismo en la entidad. El libro incluye una cronología comparada entre los acontecimientos de Chiapas y los nacionales (1891-1914). Las fuentes primarias utilizadas provienen del Archivo de Flavio Guillén y se complementan con hemerografía local y nacional, con publicaciones oficiales y fuentes secundarias.

Ma. del Carmen Collado
INSTITUTO MORA